

# LA LUZ DEL PORVENIR

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Los convencionalismos —¡No trae fecha!.....

## LOS CONVENCIONALISMOS

Conferencia dada por Doña Rosario de Acuña en el Fomento de las Artes de Madrid, el sábado 14 de Enero de 1888.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al oír mi voz en este sitio, acudirán á vuestro pensamiento ideas poco lisongeras para mí. La mujer, el sér destinado á sostener la llama de la virtud en el fondo del hogar, bajo los suaves y templados destellos del amor, nada tiene que hacer en el círculo de los combates sociales. Ninguno de los actos ó manifestaciones públicas del mundo artístico; del mundo científico, deberían alejarme de aquel asilo retirado y tranquilo, en donde la compañera del hombre ha de formar las generaciones del porvenir con el suave encanto de sus delicadas ternuras. Pero de esta misma circunstancia surge la necesidad de mi presencia en este lugar. La mujer abandona el hogar; es menester buscarla adonde acude; es menester ir á encontrarla en los ateneos, en las academias, en los salones, y hasta en los congresos; si yo me quedo allá retirada bajo el humilde techo de modesta y agreste vivienda, cumpliendo como autómata *divinamente* construído las minuciosas tareas domésticas, mis hermanas, mis compañeras, mis iguales, vosotras, en una palabra (y dispensadme esta libertad fraternal de tutearos), vosotras me dejaréis olvidada en aquel solitario rincón, sin atender mi cariñosa voz, mis amantes pensamientos, mis sinceras palabras, todo aquello que constituye la personalidad de la mujer; palabras y pensamientos encaminados solo á vuestra dicha, á vuestro bien, á vuestro porvenir, que son mi porvenir, mi bien y mi dicha. Héme aquí, pues, ante vosotras: no dudéis ninguna de lo doloroso que se hace á un alma viviente en la apacible soledad el presentarse ante la muchedumbre. Vengo á hablaros como una hermana, sin otra pretension que la de sér lealmente escuchada: á vosotras exclusivamente dedico esta conferencia: no veáis en mis frases otra intencion que el deseo de reconocer la verdad; no busquéis en mis pensamientos más trascendencia que la de hacerme estimar por vosotras: que no se turbe la serena bondad de vuestras almas, gemelas de la mía, con la sospecha de que ocupo este sitio con premeditacion de usurpar la mision del sacerdocio. ¿Cómo, si no hay en mi corazon reproches, ni en mi inteligencia desdenes?

Vengo á traerlos los ecos del mundo en que vivo, con ese afán de todos aquellos á quienes no les basta vivir para sí mismos: vengo desde el solitario retiro donde no se oyen otras armonías que el canto de la alondra y el murmurar de las brisas: donde

no se ven otras magnificencias que los espléndidos ocasos y auroras del sol, y las noches pobladas de estrellas: donde no se admiran otras bellezas que los pistilos de las flores, y el ramaje de la arboleda, y las verdes llanuras de los campos; donde no llegan otras catástrofes que el fragor de los huracanes y las estridencias de la tempestad; y vengo á llevar vuestro pensamiento, vuestra atencion, vuestra ternura, vuestra voluntad, y vuestros ideales al seno de la Naturaleza.

¿Qué razon á ello me mueve?—lo he dicho—vuestra felicidad que es también la mía, y el porvenir que es de todas las criaturas.—¿Qué causa podrá disculpar este atrevimiento mío de lanzarme á los difíciles triunfos de la palabra?—La causa de lo verdadero, de lo positivo, ante cuya bandera deben alistarse cuantos se precien de tener alma.—¿Saldré airosa de mi empresa?—Si logro llevar vuestra inteligencia á una sola hora de meditacion; si logro haceros pensar en mis palabras, habré triunfado. Rechazad al intérprete, alejadme de vuestro lado, si os place; aunque sintiéndolo, acataré por justo vuestro fallo; pero no rechazéis la verdad que haya en mis palabras, ni alejaros de la razon que abarquen mis conceptos... ¡Cuán afortunada si en palabras y conceptos hubiera la mayor cantidad de razon posible!

\*  
\* \*

Cuando en las tardes apacibles de la primavera, ó el otoño; en las noches serenas del estío; ó en las mañanas tranquilas del invierno dejáis el recinto de Madrid, ó el de otra cualquier ciudad, que es donde habitan la mayoría de las mujeres que aquí me escuchan, ¿qué pensamientos cruzan por vuestra imaginacion, por esa imaginacion tan exaltada, según unos; tan deprimida, según otros? Ningún pensamiento, me atrevo á asegurarlo, que se relacione con aquellos panoramas que descubren vuestros ojos: las anchas fajas de luz que el sol poniente eleva en los cielos, apenas si merecen una ligera exclamacion de alegría; los rielantes destellos de las constelaciones apenas si atraen una sola de vuestras miradas, y las fúlgidas perspectivas de los campos bajo los azules pabellones del cielo, apenas si distraen un minuto vuestra atencion: después vuelve á seguir la conversacion interrumpida sobre microscópicos detalles de elegancia, ó sucesos baladís de ajenos hogares, ocupacion entrecruzada con el acomodamiento de un lazo rebelde, ó de un alfiler desprendido.—¿Verdad que esto hacemos siempre que salimos de nuestro hogar? ¡Ni por un momento nos olvidamos de lo convencional por lo verdadero!

¿En qué consiste el afianzamiento y la salud de la vida? ¿Qué es lo más real, lo más cierto, entre tantas apariencias de realidad y de certeza como nos rodean? ¿Cuáles son las leyes de nuestro mundo? ¿Qué preceptos habrán de seguirse para caminar acordes con la naturaleza, y borrar de nuestra existencia el dolor como núcleo implantado, con derivaciones incommovibles, en el corazon de la humanidad? ¿Hemos pensado en esto? Y, sin embargo, del conocimiento del medio positivo que nos sostiene se deriva forzosamente la felicidad de la vida.

La naturaleza nos rodea por todas partes; no subsistiríamos sin ella y ninguna de nosotras pensamos en dedicarle el fervoroso culto de nuestro amor y de nuestro agradecimiento. ¿Queréis aprender á conocerla, si de tal modo estrechásteis vuestra existencia en los recintos convencionales de la ciudad, que solo como curiosa novela habéis ojeado alguno de sus capítulos?—Pues fijemos la primera mirada sobre nosotras mismas.

El suave lino que rodea vuestro cuerpo se balanceaba mecido por las auras y coronado por el rocío en las frescas laderas del apacible valle; los finos pliegues del aterciopelado merino, que aprisionan nuestro talle, cayeron en risosas guedejas sobre el dulce cordero, balador impaciente, alegría viva de los prados y de las montañas:

la nácar de vuestro abanico revistió, con láminas de púrpura y oro, el lecho de la ostra, de esa hija primogénita de los mares, cimiento de los archipiélagos, fugaz destello de vitalidad en la noche caótica de las primitivas edades: el ante que aprisiona vuestras manos la piel que sujeta vuestro pié resguardó, con sus ternuras, ó defendió con su elasticidad, á la gamuza de las cordilleras y al cabritillo de las selvas, tomando los elementos de su rudeza y suavidad en la palpitante existencia del agreste rebaño, las plumas que ondean con estudiada desarmonía sobre los encajes ó el fieltro de vuestros sombreros; se extendieron elegantemente sobre el dorso del marabú, ó sirvieron de velamen al avestruz de los desiertos para salvarse, con sus entreabiertas alas, de las tempestades de arena ó del rifle berberisco; y el raso, el terciopelo, el brocado, el crespón, todo eso que con tanto afán buscáis para avalorar vuestra belleza, esos ricos y preciados trajes, con los cuales se hacen notar los pasos femeninos por un eco sedoso parecido al volar de las aves, fueron hilados, en humilde telar, por el más oscuro y el más tardo obrero de la naturaleza, por el gusano: los brillantes que matizan con irisado esplendor vuestro rostro, el oro de vuestras preseas, el acerado hierro de la aguja que prende vuestra cabellera, hasta el modesto alfiler que sujeta el sencillito pañuelo de la mujer popular, todo son ofertas de la naturaleza, despojos arrancados de sus fecundísimas é inagotables entrañas.

Y si de nosotros pasamos á nuestras viviendas, nos seguirá la naturaleza hasta el mismo lecho donde se desliza la mitad de la vida, lecho que un día fué coloso de los bosques ó mineral de la montaña, bien que sea de madera ó de bronce. Y si de nuestra vivienda pasamos á la ciudad, allí encontraremos á la naturaleza en los mármoles del palacio, y en la argamasa y los ladrillos del taller, en las pizarras del templo y en los cristales del almacén, en las encajaduras del hospital y en los artesonados de régia morada, y cuando ya todo el círculo de nuestras costumbres haya sido recorrido por vuestra imaginación, encontraréis a la naturaleza en el recinto mismo de la muerte, goteando perlas líquidas en los blandones de cera del funeral, estrechando nuestros despojos con las tablas del ataúd, y pesando sobre nuestros huesos con el polvo de la tierra ó la granítica piedra del sarcófago.

Y si al reflexionar en el amorosísimo lazo con que nos sujeta esta madre universal queremos en un raptó de incente orgullo achacar á la industria humana todo cuanto nos rodea; si pretendiendo emanciparnos de tan soberana omnipotencia miramos solo en el entendimiento del hombre la causa de tantos bienes y de tantas maravillas, bastará que abramos el Código de las leyes físicas y químicas para encontrar á ese mismo hombre, que suponemos árbitro de lo terrenal, viviendo como un parásito de la Naturaleza, viviendo gracias á ella, subsistiendo por ella, pensando y sintiendo por ella y dentro de ella, sin que le sea posible cambiar una sola de sus leyes ni enmendar uno solo de sus principios.

Creados en el gran laboratorio de la Naturaleza, vivimos por ella y en ella; todos nuestros actos toman su origen en esa fuente inagotable de transformaciones que da el calcio á nuestros huesos, la fibrina á nuestra sangre, el fósforo á nuestro cerebro; y la industria humana, regida por la inteligencia racional, no es más que un producto, indirecto pero legítimo de la Naturaleza.

Y hasta esa misma industria, para desarrollarse, realizando todas sus maravillas, no ha hecho otra cosa que estudiar las leyes naturales, sorprender alguno de sus secretos, interpretar alguno de sus mandatos y aprovecharse de sus fuerzas.

*Gravitación:* Hé aquí la palabra mágica, la piedra angular sobre la cual ha levantado el hombre el edificio de su industria. A partir de ella, todos los descubrimientos, todas las maquinarias, todas las acumulaciones, todo cuanto sale de sus ma-

nos está servido por agentes sinónimos, calor y movimiento, y esta trinidad admirable le ha sido prestada por la Naturaleza.

Solamente la manifestacion incondicional del alma, aún inalizable á toda reaccion: solamente la voluntad, fuego fátuo que huye de todo análisis y se escapa á toda definicion y permanece inviolable en el fondo de la conciencia, aun aislada de todo medio conductor para manifestarse, solamente la alta facultad de nuestro sér se evade del catálogo de las fuerzas de la naturaleza terrenal. Pero sujeta, fuera del mundo conocible, á leyes inmutables, no la poseemos en toda la plenitud de su vigor mientras no la hacemos asimilable al triunfo de lo justo y de lo bello, que son atributos esenciales de la naturaleza universal.

Hé aquí el cielo de evoluciones de la vida, y hénos aquí como de nuevo nos encontramos en presencia de la Naturaleza, de esa madre á la cual debemos nuestro amor y nuestro agradecimiento. Adonde quiera que volvemos la investigadora mirada se nos presenta, lo mismo en el mundo que gravita en órbita incomensurable, que en las algas microscópicas que vegetan en el fondo de los océanos, que en el ideal esplendente del sublime genio. Sí; porque ella es la armonía que concierta los soles y los átomos en un solo pentágama, donde se extienden todos los matices, y todas las densidades, y todas las energías; y nosotras las mujeres, la nota más suave, y más delicada, y más conmovedora de todas las notas de la Naturaleza, nosotras pasamos ante las manifestaciones mas fúlgidas, más bellas y más genuinas de su poder, con nuestro entendimiento desviado de sus verdades, nuestro corazón insensible á su cariño y nuestros ojos ofendidos por su luz, encerradas en toda clase de convencionalismos, encastilladas en la rutina, dominadas por la ignorancia. Los dias se suceden á los dias, los años á los años, sin que pensemos en llevar nuestra voluntad hacia ella, y en la falta á sus preceptos está nuestro castigo. La misma pasion á lo convencional nos hace esclavas de lo inútil; el acomodamiento á la rutina retarda el instante de nuestra redencion. El porvenir se llena de sombras; la infancia crece fuera de la naturaleza y se acostumbra al culto de los ídolos al ignorar la adoracion de Dios; el niño roba de su propio organismo la vitalidad de su existencia en vez de vivir á costa de los primeros elementos de la Naturaleza; en los hogares de nuestras ciudades faltan el aire y la luz, faltan el espacio y el sol, la planta y el animal, ¡la cohorte espléndida donde se afirma y se consagra la racionalidad del hombre!

¿Creeis que la vida que ofrece á la infancia la mujer ciudadana es otra cosa que un cúmulo de atentados contra la personalidad humana? ¡Ah! reflexionemos en la existencia de estos niños que nacen, crecen y llegan al apogeo de la vida sin separarse de nuestros hogares. No hace falta que levantemos los severos cortinajes del santuario de la fisiología. Y, además, yo no podría hablaros en nombre de ella. Primero, porque aún no llegó mi osadía hasta las altas cumbres de la ciencia. Segundo, porque á la mujer de nuestro tiempo no se la puede llevar al convencimiento, sino por dos caminos: uno el de las fantasmagorías del misterio, camino que dejó expedito á inteligencias hábiles; el otro el de la emocion despertada al descubrir en aquello que se escucha, algo de lo que se califica de presentimientos: en este camino es donde quiero encontraros, y al llevar vuestra actividad pensante hacia los destinos del niño, quiero que reflexionéis sobre lo qué, mil y mil veces, habréis observado, sin daros razon de ello.

¿Creeis que esos pequeñuelos que os rodean, hermanos, hijos ó educandos, ejercitan, muchas veces con una tenacidad invencible al más severo régimen, sus facultades de rebeldía, solo por una predestinacion de ultra-vida á la insobordinacion y á la independenciam? Pues, no; nada de eso. Todos esos incorregibles microscópicos, á veces más enérgicos y resistentes que los seres adultos que intentan gobernarlos, sir-

ven fielmente á la Naturaleza, qué, por medio de sus tiernos organismos protesta firmemente de las violaciones que sufre.

La infancia ciudadana, me atrevo á decirlo, siempre salvando afortunadas excepciones, es horrible. El niño nace para el planeta, la familia le moldea para la sociedad.

Esta en nuestros tiempos sufre una infeccion profunda y extensiva de convencionalismos: el niño, el hijo de la especie humana, se revela á contagiarse; pero casi siempre cede, y ya hecho, ó mejor dicho contrahecho, á la medida y patron de la moda, de la conveniencia, del método y hasta de las entidades patológicas que existen en la familia, llega á aumentar el inmenso número de seres que entorpecen con su cargamento de rutinas, el laborioso trabajo del perfeccionamiento racional.

El niño pide, en primer término aire, luz, espacio: quiere un hogar anchuroso, despejado de estorbos á su vertiginosa movilidad, en el cual puedan registrarse todas las páginas sublimes del libro de la vida: el niño; todos los niños, si, todos los niños que nacen con elementos constitutivos en perfecta armonía, quieren abarcar la vida múltiple de la Naturaleza; conocer las plantas, acariciar los pájaros, manosear las flores, contemplar las nubes, jugar con el agua, ¡tomar posesion de la tierra! Sus polmoncitos, como si supieran con su inteligencia refleja, que solo á fuerza de aspirar purezas pueden ser broquelados contra el dolor, se encogen con el miasma fétido ó agradable, languidecen con la densidad, y sin cesar pidiendo sus elementos de vida estimulan el grito, la risa y el canto, siempre que una atmósfera limpia y henchida de oxígeno viene á rodearlos. ¡Observad esa exuberante alegría de nuestros niños cuando se encuentran en el campo, antes de haberlos dañado el corazon con los dardos de la envidia ó las impurezas de la vanidad.

Sus pequeños cerebros comienzan á pensar con claridades maravillosas, siempre que la luz de los cielos, compenetrándolos con sus esplendores, los baña del caloroso finido de vitalidad emanado del sol, y, á medida que la sangre abrevia su circulacion, empujada por los dilatados pulmones, el pensamiento abrevia su actividad profundizando el concepto por la gran fuerza dinamica del motor de la tierra. ¡Meditad en la asombrosa fecundidad de la imaginacion del niño cuando se encuentra en medio de los campos!

La mariposa, que supera con su vuelo á su agilidad, el diminuto manantial que salta por empinado reguero; la abeja sorprendida sobre el cáliz de la flor, la paloma que cruza llevando la ramita para el nido; el gusano que se desliza sobre la corteza del árbol; el granizo que rebota como pequeño grumo de cristal; la rosa que se marchita; la semilla que nace; el águila que se cierne; el cabritillo que salta; la niebla que se disipa; el sol que se nubla; todo hay que verlo, hay que observarlo, hay que tocarlo, cogerlo, darlo vueltas, analizarlo, poseerlo, si es posible, y preguntar mil y mil veces, sobre todo hasta que no haya secreto que descubrir, maravilla que averiguar; ¡esta solamente es la ambicion del niño! y poseer, ó contemplar, ó seguir, todo esto obliga á la destreza, á la atencion, á la agilidad, á la ondulacion, al movimiento, esencialísima alimentacion de la infancia, mucho mas precisa, mucho mas necesaria... (lo diré, y no ofenderos, madres) mucho mas preciso que vuestro cariño con ser tan indispensable.

El aire, el sol y el espacio, darán á este niño, en que mas tarde habrá una entidad para el afianzamiento de la especie humana, vigor, pensamiento y fuerza: la vida activa y móvil, en contacto directo con las sencilleses y maravillas de la naturaleza, afirmarán todas sus armonías, dando elasticidad á su sistema nervioso, consistencia fibrinal á sus músculos, jugosa flexibilidad á su esqueleto, y afinamiento exquisito á sus sentidos. Y ese niño que se crió en plena luz, tan saltador como los corzos, tan indagador como los sabios, tan resistente á las inclemencias de este inferior planeta, como penetrante en las sublimes enseñanzas de sus misterios, habrá recogido al terminar su primera edad, tan ricos y tan incommovibles elementos de energia y de juicio, que al sentir sobre su corazon el soplo de las pasiones, y sobre su frente el hálito de los desengaños, ni podrán roer su sangre los dolorosos minutos de la enfermedad, ni entenebrecearán sus pensamientos las argucias de la villana envidia, y tan firme su carne como su alma, habrá realizado aquel sublime aforismo de Hipócrates:

tes, pudiendo ser jalón firmísimo donde la vida, en su continuada ascension, fundamente una descendencia de *buenos* y de *sabios*, ¡familia que hace mucha falta sobre la tierra!

¡Ah! cuán distinto porvenir ofrecemos á nuestros niños! Todo reglamentado; todo medido, estrecho, clasificado, mísero, como la soberbia de la ignorancia y el rutinismo. La estancia, donde generalmente el pequeñuelo mora, es el nido más impropio de su raza: el amor de la madre natural, ó mercenaria, antes lo asfixia que lo abriga; para aumentar el calórico de esas horribles alcobas, ó cuartos de dormir de las ciudades, se hecha mano de cualquier clase de combustible y de cualquier método de combustion, y la estufa, cargada de mefíticos gases, aumenta la temperatura hasta un grado impropio de las bruscas transiciones de nuestro mundo, que al sujetarse á los períodos equinocciales, ha impuesto á todo sér viviente en su núcleo, las vicisitudes del calor y del frío, para los cuales debe constituirse la criatura humana toda vez que aun no se puede realizar la bella utopia de que las rasas transmigran en pos de la primavera eterna. El niño se desarrolla en un estío permanente, tan artificial como destructor: el ácido carbónico sustituye á la sangre del infante y la torna en veneno corrosivo de todas sus entrañas; el lecho nupcial se ofrece casi siempre á aquel pobre organismo para su reposo y su sueño, y todos los efluvios de la naturaleza humana en el apogeo de su fuerza, vienen á concluir de envenenar aquella tierna envoltura de alma racional, que empieza á derrochar sus energías al sostener para vivir, titánica lucha con el medio que la rodea ¡Dios mío, que la niñez siquiera se libre de la desapiadada lucha por la existencia!

El niño crece, si pudo al fin triunfar de la primera batalla, siempre realizada en una media luz de reflejo que aumenta lo sombrío de su situación, y emprende otra contra el trage y la alimentación. Su envoltura y su vestido se buscan en el figuría, no en la configuración de la criatura, que, si es inarmónica, puede corregirse en esa tierna edad acaso con la dulce presión de un suave lienzo con arte ceñido, y que si es cumplida correctamente en todas sus proporciones debe dejársela en la más amplia libertad para desarrollarse... Pero esto sería estrambótico. No lo podemos remediar; el *que dirán* se arraiga más en nosotras, á pesar de ser hijas de un mundo an positivista que el *que se me dá á mí*.

¡Quién es el desgraciado que arrostra, ni aun por un hijo! la maliciosa sátira de *todo el mundo*! El trage se hace estrecho ó amplio, duro ó flexible, áspero ó suave, acariciador ó cosquilloso, negro ó blanco, sencillo ó doble, pero siempre como el pintor y contratista de un centro de confecciones lo expone al público... ¡Ah! Las mujeres de nuestro pueblo, esas mujeres que por su pobreza deberian estar más cerca de Dios, y cumplir mejor los preceptos de la naturaleza, en su afán incansable, perjudicialísimo, de imitar á las clases superiores, siguen, desde sus modestos albergues, el mismo régimen que en las altas moradas; y los hijos del pueblo, que de tal modo deberian sobreponerse con su vigorosa y sana constitucion á los elementos destructores del sibaritismo, caminan casi siempre por la misma senda degenerante que circunda las clases pudientes. El niño, unas veces se asfixia entre lazos y encajes, otras se enrigidece entre almidones y armaduras, otras se agobia entre pieles y terciopelos, y siempre se halla cohibido, violento, fatigoso, sujeto, bregando entre aglomeraciones de adornos, amplitud de telas, ó escasez de pliegues. Su blanda musculatura toma la dirección impuesta por el complicado mecanismo de rebordes, cintas y presillas que acometen todas sus coyunturas, y desde las articulaciones de sus piés, desviadas de su centro de gravedad por inverosímiles formas del calzado, hasta su cabeza, siempre en equilibrio para sostener sombreros, que lo son todo menos sombreros, su cuerpo adquiere toda clase de actitudes; y toda clase de contorsiones, y toda clase de movimientos, menos aquellos precisos y esenciales para coadyuvar al crecimiento uniforme y armónico de todos y de cada uno de sus órganos. La gracia de estos modales es sublime, dentro de la clasificación de la elegancia; pero ¡ay! para apreciar si son los propios de la especie, basta comparar á estos niños con el hijo más rudo y uraño del campesino, y veremos en aquel la gracia y la ligereza, la fuerza y el vigor, y en el hijo de la ciudad la mecánica pulida de una energía artificial, pareciendo, á los ojos menos hábiles en distinguir, el uno un niño de

carne, el otro un muñeco de madera. Pero, aún es menester más: no basta que la vida, siempre en la brecha, triunfe de todos estos enemigos: aún tiene que rendir al más poderoso, al que se ingiere en el estómago del niño, bajo los impulsos de una escuela ¡Quién sabe si funestamente extraviada en sus atrevidas afirmaciones, que habiendo ido á buscar la causa de la vida en las aulas y en los anfiteatros clínicos, se olvidó de echar una ojeada por montañas, bosques y mares, para sorprender la vida, no en la muerte ni el desgarramiento, sino en el amor y en la afinidad!

La fibrina es la salud, la anemia la enfermedad; para recuperar la fibrina y destruir la anemia, hay que acudir á la carne y al vino. Estas curiosísimas consecuencias, que hoy se sacan hasta por los más indoctos, de toda dolencia ó estado enervante del ciudadano, se aplican, con verdadero apasionamiento de sistema, á nuestra niñez. Pensar en *evitar* la anemia ¡quién lo piensa! Suponer que se encuentre la fibrina de otra manera que con carne y vino ¡quién lo supone! El niño come, pues, á boca llena la carne ensangrentada de adulta vaca, y bebe con sus rosados labios, donde la vida aún no trazó más que sonrisas, el vigor de las orgías y el cómplice de los delitos; despues la golosina; antes ó entremedias mucho, ó poco, el té y el café; y entre todos estos emolumentos de *energia*, las viandas condimentadas con especias y aperitivos: porque el niño de nuestros hogares, como si se le reconociera por hombre desde que nace, como entre la familia con esa formalidad tan decantada que suele ser estímulo á la vanidad y acrecimiento de la presuncion: y allí, en aquella sangre que, anémica ó no, debió buscar su vida en los elementos de nutricion más semejantes, en suavidad y sencillez, á ese néctar maravilloso que la naturaleza le otorga en el seno de su madre; en aquella sangre que, anémica ó no, solo puede hacerse fructífera para vigores y resistencias absorbiendo paulatinamente los primeros componentes alimenticios, que sin acumulacion de sustancias sean asimilables en los casi embrionarios órganos de la niñez; en aquella sangre que pide para *hacer* fibrina, no la fibrina sino sus elementos; que pide para *hacer* músculos, no el hierro, sino el ejercicio; que pide para *hacer* nervios, no la excitacion, sino el descanso; en esa sangre se arremolinan sin saber en que aprovecharse todos esos grandes reconstituyentes, que como su nombre lo dice, nada tienen que reconstituir en la naturaleza infantil, porque nada en ella se ha gastado, aun antes bien, todo en ella está por hacer; y el niño come y bebe no solamente como un adulto, sino como un adulto derruido, y el alcohol, aun suponiéndole el puro de la uva, sube á su cerebro, á envejecerlo antes de que crezca, á gastarlo antes de que razone, á perturbarlo antes de que piense, y la carne, con todos sus ricos componentes de nutricion y mezclada con la cohorte de todos los estimulantes, llega á su estómago, y allí, en reñida batalla con una viscera suave, tierna, ambiciosa aún de la dulce y cálida leche suelta sobre las venas un torrente fibrinal y albuminoso, que en plétóricas oleadas, como inundacion tumultuosa en un cauce demasiado estrecho y flébil para contenerla, pasa sin secundar los colodantes campos, mas bien dejándolos, aun á pesar de su riqueza de limo, mucho mas estériles y perezosos que antes de negarlos... Pero se ha rendido el culto al convencionalismo, á la moda, á la escuela ¡que importa lo demás!

Y el niño, si vence en todos estos combates que se le ofrecen, será solo para salir derrotado en el último que es la enseñanza, la cual busca en nuestra niñez antes que sus inclinaciones de amor, sus instintos de envidia, y en la cuna sin aire, sin luz, sin quietud y sin pureza en los años del balbuceo sin anchuras, sin horizonte, sin libertad, sin flores, sin aves, sin cielo, sin mar y sin reposo: y en las crisis más eminentes de su organismo sin espacio riente, lleno de las pre-seas de la naturaleza, desde el oxígeno hasta el sol, desde la mariposa al marisco, desde la encina al arroyuelo, desde el pulgilato hasta el sueño, llega á la edad de la educacion habiendo sostenido en su larga carrera de martirios una lucha de verdadero titán para conservar su vida, aun á pesar de las atenciones que se la otorgaren; y ya para siempre desvirtuada su naturaleza, al entrar, bien que mal, en el molde que se la impuso en los mercados de la costumbre, del método y de la clasificacion empieza á ingerir en su cerebro tan castigado desde su nacimiento, ¿el qué?; no la explicacion á sus curiosidades, ni las afirmaciones á su observacion, ni el análisis á su paciencia, ni las aclaraciones á sus dudas,

sino una ciencia *hecha*, completamente *hecha*, lo mismo que aquella carne con que se empeñaron en reconstituirlo; y cuando la vida, llena de todas las aspiraciones de la espléndida juventud, corre desalada á buscar riquísimos ideales de gloria y amor, estos niños, compresos en sus cuerpos y en sus almas desde que vieron la luz del día, sienten en su corazón, como núcleo de hielo, el hábito impuro del escepticismo, en ellos desarrollado por la tenacidad con que su naturaleza ha tenido que defenderse y este frío núcleo, reflejo de la hueca soledad del sepulcro, extendiéndose con influencias enervantes en todas las horas de felicidad de esta juventud, la hace probar las hieles del hastío, antes que las dulzuras del placer; y viejos sin años, desengañados sin sufrimientos, cansados sin trabajo, egoístas sin desesperaciones, se preparan una ancianidad carnavalesca, pues la naturaleza necesitando tomar la revancha de la violación sufrida, acumula en los últimos años de estas criaturas que no fueron niños ni jóvenes, todas las puerilidades de la niñez y todas las turbulencias de la juventud, que al revolverse sobre un organismo próximo ya á su descomposición, colocan sobre la frente humana un *inri* desconsolador.

El convencionalismo en las costumbres, en la ciencia, en la moralidad, en los placeres, en la educación, en la vida toda; hé aquí lo que ahoga los gérmenes del bien depositados en la conciencia del hombre, ha sido niño, y el niño es de la mujer que le da primero la sangre de su corazón, y después la savia de su pensamiento.

Volvamos los ojos al mundo de la naturaleza; fijemos con amor la mirada en los azules cielos que iluminan las noches terrestres con ráfagas de eternidad, al descubrir los astros, lejanas moradas de la vida universal: fijaros, sin temor al fuego de sus rayos, en esa gigantesca hoguera del sol, de donde bajan á nuestra humilde y oscura tierra, las efervescencias de la vida; tornemos la mirada con ansia de vivir muchas horas en sus orillas, á los mares cuyas olas impregnan el ambiente de la suave templanza necesaria á nuestros organismos: acerquémonos á esos valles, á esas montañas, á esos campos, de nuestro planeta, en donde el árbol roba á la atmósfera los miasmas perniciosos, y devuelve el oxígeno á nuestra sangre; donde las cordilleras, con sus diademas de hielo, purifican los vientos y contienen las tempestades; donde las ténues hierbecillas establecen una corriente de simpatía entre el sol y sus raíces; en donde el insecto, el ave y el reptil, llenan de armonías y de equilibrios la marcha de la vida; y en donde brota, y de donde surgen, las semillas, los frutos, los ganados; nuestro alimento, nuestro vestido, nuestra vivienda. Acostumbremos al niño, que nos sigue á todo lo que es real y es útil, y, por lo tanto es bello, y templemos el ansia devoradora de placeres devastadores que aqueja á las generaciones nacientes, en las angustas y conmovedoras escenas de la naturaleza... ¡Ah! no vengo á resucitar en vuestras mentes aquel fantasma, ébrio por la anemia, que se llamó romanticismo; no vengo á perturbar vuestra imaginación con idealidades perniciosas recortando decoraciones donde trisquen las ovejas acoltaradas con cintas de raso donde los pastores canten en endecasílabos, y donde la dama se corone de yedra para morir de amor en la gruta de la montaña: aquellos idilios que nos legó el pasado eran también manifestaciones de lo convencional y la naturaleza excluye lo que no es cierto: el racionalismo es su cetro omnipotente, y las galas de la fantasía se borran como pálido reflejo de mortecina luz, ante su resplandor hermosísimo sostenido por el luminoso cortejo de las ciencias exactas.

Volvamos á esa madre que solo quiere nuestra felicidad; vivamos dentro de sus leyes; acatemos sus preceptos; bendigamos sus cuidados; estudiemos sus principios, y el triunfo de la vida sin dolor y sin iniquidad, será un hecho en las generaciones del porvenir. Que no huya la mujer de su regazo con esa tenacidad que caracteriza nuestras enfermas sociedades: reunámonos bajo los purísimos pabellones del cielo, y fundemos el hogar de las futuras razas, levantando en nuestros corazones un altar al Dios de la naturaleza.

¿Y que ventajas, que felicidades puede acarrearos ese culto y esa obediencia? me preguntareis acaso con asombro.

En el mundo que rodea á la mujer, en medio de todo aquello que ven sus ojos y escuchan sus oídos, es muy difícil darse cuenta de la realidad, y apenas si se conciben más alegrías que el efímero triunfo de la vanidad, ni mas dicha que el incansable afán de esta alegría; el ansia de las apariencias; la desmedida ambición de ser envidiadas; el desvelo mareante de cuidar de nuestras bellezas de estatua; esa confusa amalgama de pequeñeces y detalles, agobian nuestra vida solicitándola con empeño para llevarla á los espectáculos públicos, á los escapates de lindas superfluidades, á los centros donde la buera galanteria nos haga creer que somos diosas; el modo, la manera que tenemos de vivir, ofusca el entendimiento hasta el punto de que nos sea muy difícil de suponer otra felicidad que aquella que forman nuestras costumbres; pero si con buena fé buscáis la salida del laberinto, si con buena voluntad quereis ver lo que la razon señala y la verdad enseña entonces llegareis á comprender toda la alteza, toda la grandiosidad, toda la excelsitud que se extiende ante nosotras, desde el instante mismo en que cambiemos la modalidad de nuestra existencia.

La vida de la mujer comienza en lo sencillo; ella es la primera que ha de interpretar la ley natural, y desde la mujer, origen de todas las ternuras y núcleo de todos los sentimientos, asciende la vida en escala insensible, primero en el niño, mas tarde en la familia, luego en la sociedad, por último en la especie; no busquemos la solución de ningún problema sin partir del perfeccionamiento del individuo, no esperemos hallarle sin buscarlo en la familia, no supongamos la familia sin su genuina representación, que es el niño, y no pretendamos la cultura intelectual, moral y física del niño, sin contar en primer término con la mujer, Pues bien; si esta se repliega hacia la naturaleza y busca en el estudio de sus ciencias horizontes para su entendimiento; si alimenta sus delicadezas de sensitiva con la contemplación de sus apacibles y siempre nuevas magnificencias; si procura desarrollarse en sus brazos y dilata su pecho con el aire puro de los campos, y da firmeza á sus músculos con el ejercicio de las montañas, y quita la morbosidad á su organismo, dejándose acariciar por los destellos del sol y las puras emanaciones de sus auroras; si normaliza su existencia y torna á obedecer las leyes que imprimieron entidad á su raza durmiendo sosegadamente las noches del planeta y trabajando con actividad múltiple durante las horas todas del esplendente día; si levanta en torno de su hogar campestre un templo á la agricultura, y amándola como fuente de toda hermosura, de toda razon, de toda ciencia, de todo placer y de toda riqueza, estudia sus principios, ayuda á sus fines, estimula sus tareas y engrandece sus resultados al llevar las ambiciones del hombre á los ideales del labrador; si, olvidada por un instante del amor de sí misma, se torna amante hacia la naturaleza, la infancia que florece en torno de la mujer como los delicados capullos sobre el mismo tallo de la abierta rosa, la infancia nos traerá entre sus pensamientos purísimos y regocijados por las sencilleces de la vida del campo á una generación culta, sensata, estudiosa y enérgica, llena de nobles ideales y de valientes inspiraciones, que solamente descendiendo de un hogar en donde todas las grandezas terráqueas puedan contemplarse es como se forman los altos caracteres, pues los elementos constitutivos de la vida, al ser recibidos sin artificios contrahechos por la personalidad racional, parece que sellan todas sus manifestaciones con ráfagas de todas sus grandezas; y cuando la historia, el arte y la ciencia depositan sus gérmenes en esta clase de criaturas, no se hacen flébiles sostenedoras de torpes ambiciones, sino que se transforman en poderosas y geniales iniciativas reformadoras. Entonces dejaremos de ver á esas pálidas criaturas, en cuyos ojos bullen todas las malicias, y en cuyos miembros empobrecidos parece que circula la sangre perezosamente arrastrada por todas las concupiscencias; entonces no encontraremos á esas juventudes marchitas y estragadas, en cuyo rostro marcado por seniles arrugas se ven la huella de los vicios, y en cuyos cerebros, envueltos en las nebulosidades de la duda, no hay sitio para un pensamiento generoso ni para una idea levantada; cuando la mujer eduque á los hombres del porvenir, fuera de todos los convencionalismos los salvará de las enervadoras abstracciones, robusteciéndoles con los trabajos naturalistas, y entonces se

resolverán esos problemas que hoy preocupan á los pueblos olvidados completamente, completamente olvidados de que toda grandeza consiste en armonizar el trabajo humano con el trabajo de la naturaleza.

Entonces el obrero, material ó intelectualmente considerado, será manumitido de toda injusticia, y esa ciudad del mundo del porvenir, no estrechada por las ambiciones del lucro, sino extendida por el deseo de la paz, irá ligando los estados de la tierra, que se sentirá entonces verdaderamente poblada, al sostener en sus continentes millares de esparcidas moradas humanas, en donde la familia, humilde servidora del planeta, realiza la bondad y la belleza, atributos esenciales de la verdad, en armonía perfecta con las leyes naturales.

Y á esta sociedad de nuestro tiempo, siempre dispuesta como vorágine de torbellinos á derrumbar al débil y al abandonado; y á esta sociedad que busca su brillo en la noche, su alegría en la extenuación, su triunfo en las humillaciones, su vigor en la química, su gracia en la reglamentación, su riqueza en el oro, su descanso en el hastío y su paz en la muerte; á esta sociedad que ahoga sus gritos de dolor en la carcajada del banquete, y funda sus grandezas en el humo de la vanidad, sucederá otra sociedad reposada, como anchuroso río de serena corriente, sin desbordamientos ni ondulaciones; guiada por la agricultura, sirviéndose de las ciencias como de agentes anuladores del dolor y la pena, de las artes como de cuadro de honor para la clasificación de sus géneos, y de la vida como de un delegado de paz para la consagración del trabajo. ¡Sociedad hermosísima que, allá, en los más lejanos horizontes que alcanza el pensamiento humano, comienza á vislumbrarse iniciada por los grandes descubrimientos de las ciencias físico naturales!

Entonces, en esas generaciones futuras, que hoy nos toca formar alejándonos de todos los convencionalismos, dejaremos de ver esa anomalía monstruosa de que la juventud represente al elemento retrógrado en el seno social, anomalía que, ¡forzoso será decirlo! es la más triste prueba de la decadencia de un pueblo.

Nosotras, la mujer, al llevar nuestra voluntad y nuestro amor al estudio y á la contemplación de la naturaleza, derribaremos ese amontonamiento de albergues de las insanas y perniciosas ciudades contemporáneas: crearemos el hogar familiar lleno de recatos, de anchuras y de purezas, unido á los demás del resto de la tierra por las maravillosas mecánicas de la civilización: llevaremos al hombre desde las ambiciones sensualista; á los sublimes placeres intelectuales; formaremos al niño en armonía con su destino de humano, é iniciaremos á la juventud en lo más altos ideales de perfección, esparciendo en los campos de la vida una pléyade valiente y entendida, que se despoje de supersticiones y sienta en su corazón el calor de la fe, que no se arrastre famélica en pos de las teocracias, ni gima, necesitada de sibaritismos, en torno de los endiosados, pléyade que acometa los últimos baluartes donde se refugian las tiranías de los pasados siglos, y que llevando en sus manos la enseña de la libertad y del progreso, proclame la ley augusta de la fraternidad humana. ¡Hora feliz de la tierra, en la cual la consagración de la vida se habrá realizado, y la especie racional ya no tendrá que luchar por la existencia, sino por la inmortalidad!

Reflexionemos, hermanas mías, sobre la trascendencia de librarnos y librar á la infancia, de los convencionalismos.

He dicho.

## ¿NO TRAE FECHA...

### I.

Jacobo de San Roman era un hombre despreocupado que no se ocupaba ni poco ni mucho de esas árdidas cuestiones referentes al porvenir del alma. El ni negaba ni concedía el progreso indefinido del espíritu, ni se le importaba un bledo el vivir eternamente ó perder á un mismo tiempo el cuerpo y la inteligencia personificada en el yo.

Jamás habia pensado si despues de su muerte algo quedaria de su sér; y hago estas aclaraciones para que no se crea que Jacobo era un hombre visionario que soñaba con fantasmas y aparecidos; no; él vivía no mirandó más que lo presente, para él los arcanos de ultra tumba eran letra muerta, solo le preocupaban las crecientes necesidades de su familia á la cual queria y quiere con delirio sin desviar su pensamiento de su esposa, de sus hijos y de su madre, para los cuales deseaba poseer una gran fortuna puesto que solo ganaba lo mas indispensable para sostenerlos en la mas modesta medianía.

Se vió precisado á hacer un viaje y durante su ausencia su amada compañera dió á luz una niña. La madre de Jacobo le escribió inmediatamente noticiándole el fausto suceso, y él, apesar de no estar bien de salud decidió ponerse en camino; más como no siempre querer es poder, tuvo que retardar su marcha dos ó tres dias con harto sentimiento de su alma, y cuando estaba haciendo los preparativos para emprender su viage, recibió otra carta de su madre que le impresionó dolorosamente pues estaba concebida en estos términos.

En la primera línea decia "¡No trae fecha!...", y á continuacion lo siguiente: "¡Hijo mio!... tu esposa, tu Angelina, se está muriendo, ven si quieres que muera en tus brazos,"

Jacobo se quedó como herido del rayo, por que tenia por su Angelina verdadera adoracion, y no cesaba de mirar la carta diciendo con creciente asombro:

Qué me habrá querido significar mi madre con este geroglífico que no entiendo; qué me querrá decir con estas frases ¡No trae fecha!... Pues si su carta trae la fecha, y no es vana ilusion de mis sentidos, aquí dice bien claro ¡No trae fecha! En fin, guardaré la carta para que ella me explique lo que esto quiere decir. Y Jacobo emprendió su viaje llegando á su casa en el mismo dia que enterraron á su esposa.

Jacobo se quedó aterrado, su desconsuelo fué espantoso, cuando le presentaron á su pequeña hija la rechazó diciendo. ¡Qué me importa ya nada de este mundo si he perdido lo que mas amaba!

Y que te correspondia fielmente contestó su madre enjugando su copioso llanto; porque te aseguro que no ha vivido el tiempo que habeis estado separados. No pensaba en otra cosa que en la llegada del cartero, hasta en el acto del alumbramiento prestó atento oido creyendo que llamaba el portador de tu carta. Ni un segundo te apartabas de su pensamiento. ¿Qué mas te diré? estaba agonizando, con los ojos vidriosos, respirando con la mayor dificultad, era ya mas del otro mundo que de éste, y cuando vino el cartero yo por darle la última alegria le dije. Angelina, Angelina, tienes carta de Jacobo; y la hubieras visto que se incorporó con la mayor lijereza, rasgó el sobre, desdobló el pliego, le miró sin ver, por que ya era imposible que viera y murmuró con voz desfallecida ¡No trae fecha! el papel se desprendió de su mano, hizo un leve movimiento para asirlo de nuevo y... espiró con la diestra estendida buscando tu carta.

—Eso dijo mi Angelina? preguntó Jacobo ¡No trae fecha! y V. sin duda me puso en la carta sus últimas palabras, sin explicarme su significado, y yo me volvía loco diciendo: Señor, que me querrá decir mi madre con estas palabras, mas ahora me lo explico todo.

—¿Cómo que te lo explicas? si cuando yo te escribí ella no las había pronunciado, yo no te decia mas sinó que vinieras cuanto antes si querias que Angelina muriera en tus brazos. Tú estás loco ¡hijo mío!...

—No señora, no, que estoy muy cuerdo, yo al recibir su última epístola me llamó vivamente la atencion su contenido porque decia en primera línea ¡No trae fecha! y esto lo leí yo el diez de Agosto á las diez de la mañana.

—Pues á esa hora justamente las pronunció ella, el diez de Agosto, tengo bien presente aquella fecha hijo mío.

Jacobo sacó de su cartera la última carta de su madre, la abrió y lanzó un grito de indescriptible asombro, en ella solo decia:—Hijo mio, tu esposa se está muriendo, ven si quieres que muera en tus brazos.

—Tu deliras Jacobo, el dolor te vuelve loco replicó su madre con inmensa ternura.

—Ni deliro ni estoy loco, madre mia, sinó que por el contrario veo mucho mas claro que he visto hasta ahora. Yo estuve largo rato, leyendo esta carta, preguntándome con impaciencia ¿que diablos querrá decir mi madre con estas palabras ¡No trae fecha! ¿que conexión tienen con la agonía de mi Angelina? y mire V. si tenían... que esas fueron sus últimas palabras!

¿Me las trajo el eco? ¿Las grabó en mi mente ese que V. llama el ángel de la guarda y yo las leí en el papel por que estaban esculpidas en mi imaginacion?

Que las leí no me cabe la menor duda, que miré la carta repetidas veces se lo juro por la salvacion del alma de Angelina; porque desde este momento creo que existe algo que sobrevive al cuerpo.

¡Oh! si, si, el espíritu de Angelina debió venir á mi encuentro y el quizá trazó en el papel las últimas palabras que pronunció en la tierra para que yo las recordara eternamente; borrándolas despues para que yo me apresurara á inquirir y á investigar esa vida desconocida que hay trás de esa crisis que se llama muerte.

Y crea V. madre mia que todo lo indiferente que he sido hasta ahora con esas cuestiones de ultra tumba, voy á ser de hoy en adelante el hombre más estudioso y mas analítico de la tierra, no voy á dejar piedra sobre piedra, mejor dicho libro sobre libro que yo no estudie profundamente, y á todos los espiritualistas mas notables y á todos los filósofos mas adelantados les voy á preguntar y á suplicar que me expliquen, que me digan por que las últimas palabras que pronunció mi esposa en este mundo yo las encontré escritas en una carta de mi madre puesta en el correo dos dias antes del fallecimiento de mi inolvidable compañera.

## II.

Jacobo ha cumplido la palabra que se dió á sí mismo; todo el tiempo que le queda libre despues de atender á su destino, lo emplea en estudios provechosos. Ya no es el hombre indiferente que decia antes con desdeñosa sonrisa. *A este mundo le doy nada por nada*, hoy por el contrario presta la mayor atencion á todos los descubrimientos del progreso que se relacionan con el porvenir del espíritu; y no hay libro filosófico que no busque en sus hojas la explicacion racional de un fenómeno que le despertó del letargo en que yacia su inteligencia; porque vivir sin saber algo del mañana es vivir á la mitad, mejor dicho es no vivir; porque la vida del hombre en la tierra deja mucho que desear, escazean los seres felices como las moscas blancas, la gratitud es una palabra que aplicada al sentimiento del agradecimiento intimo del espíritu, no se encuentra corazon donde grabarla. El amor es un *modus vivendi* en todas las esferas de la sociedad, la amistad es un negocio como el jugar á la bolsa, la desmoralizacion da la perversion del buen gusto en las distracciones sociales y rebaja el sentimiento del arte en sus mas valiosas y trascendentales manifestaciones; y esta torre de Babel, (vulgo tierra) á de ser un mundo donde sus habitantes aqui comiencen y aqui acaben la historia de su vida? esto es inadmisibile, y vivir sin saber porque se vive acredita una dejadez y una pereza imperdonable, un estacionamiento inferior al de bruto, y como el progreso eterno tiene sus leyes ineludibles, por eso los apáticos y los indiferentes reciben esos avisos inexplicables é innegables al mismo tiempo, como recibió Jacobo de San Roman al leer en la carta de su madre escrita dos dias antes del fallecimiento de su esposa las últimas palabras que aquella pronunció. ¡No trae fecha! .. dijo la moribunda; y fecha memorable ha sido para Jacobo el dia que Angelina en el momento de espirar le demostró sin dejar lugar á la duda que el espíritu vive independiente de la materia. La vida del alma es una ciencia que nunca dirá su última palabra; se ignora en que fecha hizo su primer cálculo el espíritu, y para el dia en que traze su último guarismo, aun no han sido creados los soles que han de iluminar las inmensidades del espacio.

AMALIA DOMINGO SOLER